

El Progreso

DIARIO DE LUGO

COLABORACION

Luz Pozo Garza

Por LAZARO MONTERO

LEYENDO hace unos días «Nuestros los Rivero» recordábamos a Luz Pozo Garza. La recordábamos porque Lena Rivero, la protagonista de la novela de Dolores Medio, se siente impulsada por irresistible vocación poética, y hace versos como éstos: «Mis labios son como fuente sellada. No permiten brotar la pasión que mi corazón rebota. Semejantes a las montañas altas, ocultan con un manto de nieve el fuego de sus entrañas.» También Luz Pozo ha sido arrebatada por impetuoso vuelo poético. Y su libro «Anfora» se abre con estos versos: «Cuando me busques por la dulce pradera estremecida, donde impacientes árboles enlazan la ceñida espiral de los trinos, alcanzarás mi fragante sonrisa desbordándome... A mí, que camino por la leve yerba, bajo el polvo azul de los pájaros de oro. Y tiendo mi ánfora rebosante en las virginales hojas, donde amanece la voluptuosidad...» Lena Rivero se tropieza con el capitán Jauregui, viejo amigo de su familia, incapaz de comprender que en aquellos versos todo es pura esencia poética. Y tiene que librar violenta batalla contra la incompreensión. Pero Luz Pozo halló quiénes supieron medir exactamente sus palabras, descubriendo en «Anfora» una raza y auténtica personalidad poética. Sin embargo, parece que Luz Pozo tiene miedo a los capitanes Jauregui. Y ahora, en «El vagabundo», ha preferido pulsar otras cuerdas. Pero, ¿no se ha traicionado un poco?

Luz Pozo Garza es un valor poético reconocido. No vamos, pues, a descubrirla. Hace tiempo que lo hicimos, desde que leímos sus poemas en «Mensajes de poesía». Entonces pública y privadamente hablamos de ella, solicitamos atención para sus cosas. Cuando nos llegó «Anfora», preferimos, a nuestro modesto comentario, recomendar a Luz Pozo enviase su libro a críticos y poetas renombrados. Nos parecía que su poesía merecía rebasar el ámbito regional, integrarse en la floreciente poesía nacional. No nos equivocamos. Gerardo Diego dió a Luz Pozo el espaldarazo poético desde las páginas de «ABC», en ese artículo que ahora sirve de prólogo a «El vagabundo». Luz Pozo es hoy poeta renombrado y académico de la Real Academia Gallega. La «garza» vuela ya muy alto, en el azul purísimo. Tiene que esforzarse el crítico por arrimársele. «Volé tan alto, tan alto —dice el verso de San Juan de la Cruz— que le dí a la caza alcance». Pero Gil Vicente advierte: «Halcón que se atreve —con garza guerrera— peligros espera.»

Bien. Lo que, en principio, nos sorprendió en Luz Pozo es su actualísima voz. En la muchacha provinciana, avecinada en un rincón de Galicia —muy bello, pero muy apartado—, no quedaba nada de Bécquer, ni de Campoamor, ni siquiera de Rubén Darío, ni Amado Nervo. Su voz se aproximaba a Juan Ramón y, sobre todo, a Vicente Aleixandre. También nos pareció una entusiasta lectora de Rabindranath Tagore. Y ahora nos lo parece de Knut Hamsen. Después había de sorprendernos su helenismo. ¿Cómo, por donde le llegaba a Luz Pozo ese perfecto sentido de los mitos griegos, ese sentimiento de pánico de la Naturaleza y del mundo? Un día cualquiera nos hablará mi querido amigo y compañero Antonio Fraguas del elemento helénico en las raíces históricas de Galicia. Ahí está Jove tan cerca, por cierto, del Vivero de Luz Pozo. Junto a la «citanía», al «castro», a la «mámoa», el valle idílico, las riberas cubiertas de vid, y Silero coronado de pámpanos. Con frecuencia, por el entresijo de su historia, deja entrever Galicia su pananía. Luz Pozo ve rebrotar todos los años los «naseiros», como otros los «caneiros» de Betanzos. Es po-

sible que por la sangre, tanto como por sus lecturas, le haya llegado a Luz Pozo su hermandad con los mitos clásicos, su relación con Safo.

A Luz Pozo le iba muy bien aquel acento. Ahora tienta otros registros.

Aquel estar en la hora presente, que tanto le elogiamos, amenaza con restarle personalidad. Debemos ir a los demás para informarnos, no para tomarles como modelo. Un poeta de hoy tiene que leer a Vicente Aleixandre; pero no debe escribir como él. Luz Pozo tiene su voz, su canto propio. Su pájaro —su «paxaro na boca»— es el mirlo. Y hay que dejar al mirlo cantar en la floresta:

¿A dónde va tu lluvia, la más
[honda y sin tránsito
si es posible morirse con un mirlo
[en el pecho?

Este libro, «El vagabundo», es un bello libro de poesía. Abundan los versos definitivos, las metáforas logradas. Alguna vez se incurre en ese defecto de los poetas jóvenes, de acumular palabras sin sentido, olvidando que toda metáfora esconde una comparación. Al hombre no le gusta cascar la nuez y encontrarla vana. A Góngora hay que ordenarle y traducirle; pero luego encuentra uno su sentido. ¿Podrá traducirse alguna poesía actual? Sí, «El vagabundo», es una joya poética. Luz Pozo, particularmente desde «Pan de júbilo», ha encontrado la expresión límpida, la pura vena poética. Pero pesa demasiado la sombra de «Sombra del paraíso». Y la «angustia» que se canta, a fuerza de ser de todos, nos parece más poética que efectiva. «El vagabundo», en fin, es el libro de un poeta extraordinario; pero no el que esperamos de Luz Pozo.

Sí, nosotros esperamos de Luz Pozo otra cosa. ¿Ha renunciado a «El hombre hacia atrás»? Lo sentiríamos. Por ese camino Luz Pozo podría ser el poeta deseado. Porque las gentes aguardan su poeta. Y el acercarse a las gentes no está en la manera de hablarles, sino en hablarles de aquello que verdaderamente les interesa. Y Luz Pozo puede hacerlo. Ella ha descubierto que basta oír para sentirse ser o no ser. Ella ha descubierto que «el hombre necesita de su sangre —para escuchar el soplo de las cosas». ¿Por qué angustiarse cuando se sabe que «la tierra es dulce como carne joven»? Deseamos que Luz Pozo Garza deje derramar su linfa poética sobre las cosas y los hombres con generosidad maternal. Los elegidos no tienen derecho a la torre de marfil. El mundo los necesita. Y no hay miedo a los capitanes Jauregui.